

MAITE LARRAURI

No se trata de realizarse

Como profesora de secundaria, me encuentro a menudo ante situaciones en las que se discute sobre la educación en general y la enseñanza de la filosofía en particular. Creo haber llegado a una conclusión que me atrevo a someter al juicio de quienes lean este artículo, llevada de la necesidad de que ciertas cosas, que no pretenden tener una formulación definitiva, sirvan para iniciar una discusión. A modo de ensayo, que no de tesis.

En efecto, me parece que la reforma educativa adolece de todos los males derivados de haber sido pensada por psicólogos y pedagogos. Esta afirmación, lo sé, es tremendamente general. Pero no puedo dejar de pensar que un proyecto educativo tiene que partir de reflexiones en torno a lo que debe y puede formarse en los individuos, en relación con la sociedad en la que viven. Es fácil decir qué queremos, basta con soltar una lista de virtudes que hoy en día suenan bien: queremos ciudadanos libres, responsables, tolerantes. Otras virtudes han caído en desuso, y así ya no decimos que aspiramos a que sean valientes, trabajadores y honrados. Pero, en cualquier caso, más que la aburrida recitación de los valores que queremos que posean nuestros jóvenes, hubiera valido la pena poner estos conceptos bajo la luz que algunos pensadores y filósofos son capaces de arrojar.

Una de ellos es, sin duda, Simone Weil. En sus textos se puede encontrar un análisis minucioso de las necesidades de los seres humanos, de la relación entre el individuo y la sociedad, y en consecuencia una reflexión acerca de la finalidad de los estudios. Quien ya ha tenido la experiencia de leer a Simone Weil sabrá además que todo su pensamiento tiene la valentía de situarse en un terreno ajeno a las ideologías y que por esta razón resulta fuerte, claro y sorprendente. En definitiva, como todo lo que nos obliga a pensar.

En 1943, Simone Weil escribió un hermosísimo artículo titulado «La persona y lo sagrado».¹ A pesar de que su título parece unir los dos conceptos, el de «persona» y el de «sagrado», la tesis que se propone demostrar es que no es la persona lo que hay que considerar sagrado en los seres humanos sino lo impersonal. Todos sus argumentos están dirigidos contra la valoración positiva de la persona que los discursos jurídicos, políticos e incluso filosóficos ponen de manifiesto, valoración que no ha sido sino un preludio de lo que hemos vivido después de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días.

La persona es lo que dice en cada uno de nosotros «yo». Se concibe como formada por todos aquellos aspectos que individualizan a cada uno de nosotros, individualización que tiene lugar mediante la realización o el despliegue de nuestras capacidades, a partir del ejercicio de nuestra libertad soberana. Quienes dicen defender a la persona (o preservarla, o potenciarla, o realizarla) consideran que los humanos son libres cuando se realizan, cuando saben decir «yo» frente a los demás. De lo que no se dan cuenta sin embargo, dice Simone Weil, es de que la realización de una persona no es sino el desarrollo de aquellas potencialidades que tienen garantizado el prestigio social, por lo que el supuesto gesto de libertad por el que alguien se afirma como persona realizada llevando a cabo esta o aquella tarea no es sino la sumisión al gusto, a la moda, a la moral reinante. En una palabra, realizarse es dejarse arrastrar por la corriente de lo colectivo. En el mundo del arte es un hecho que los artistas realiza-

dos, consagrados, son aquellos que han cosechado el aplauso del público. Lo mismo puede decirse de lo que hoy en día se considera tener éxito en la vida: un individuo así vive y siente con la colectividad.

Así pues, personal no es algo opuesto a colectivo. Ahora bien, Simone Weil nos repite una y mil veces que la colectividad no piensa, o lo que es lo mismo que la colectividad no puede acceder a un pensamiento verdadero. Colectivamente pueden realizarse trabajos físicos porque el encadenamiento de unos gestos con otros es posible: la empresa moderna es un ejemplo de ello. Pero el trabajo intelectual no puede encadenarse sino dentro de un mismo individuo, no es posible una cadena humana que conjuntamente lograra un pensamiento verdadero por yuxtaposición, ensamblaje, concatenación de los trabajos intelectuales parciales de cada uno de los individuos que la integraran. Un colectivo no puede realizar ni tan siquiera la suma más sencilla.

Todo lo anterior, con ser malo, no revestiría peligro alguno si no fuera porque la imposibilidad de pensamiento de la colectividad queda enmascarada por la formulación de ideologías. Simone Weil separa ambos conceptos: el pensamiento busca la verdad, las ideologías son incapaces de cualquier pensamiento verdadero. No *estas* o *aquellas* ideologías sino *todas* las ideologías. Cualquier ideología se muestra como explicación completa del mundo: es una abstracción que pretende decir una verdad válida para todos los fenómenos humanos. Las iglesias son un paradigma de colectividad que no piensa pero posee una ideología que lo explica todo. Los partidos políticos no han hecho sino copiar lo que ya las iglesias habían inventado.

Ni las iglesias, ni los partidos políticos, ni los sindicatos, ni cualquier agrupación humana que defienda una concepción del mundo posee en realidad explicación de la totalidad en cada uno de sus aspectos, pero suplen ese desconocimiento por una generalidad y por una

adhesión al dogma. ¿Qué piensa el catolicismo, el socialismo o el liberalismo que ha sucedido en Seattle, en la cumbre de la Organización Mundial de Comercio? No lo saben, para eso haría faltar observar, analizar, sacar conclusiones. Pero contestarán con una respuesta ya hecha, con un juicio aproximativo y, eso sí, una vez establecida la respuesta que alguna cabeza visible de esas organizaciones haya hecho pública, todos los seguidores repetirán hasta la náusea los mismos juicios. Cuando Simone Weil viajó a Alemania, al principio de los años treinta, escribió sobre la situación sin anteponer ninguna ideología que la obligara a no ver o a deformar. Igualmente, después de permanecer durante dos meses en la columna Durruti en España en los inicios de la guerra civil, llegó a una serie de conclusiones que escapaban a las ideologías e interpretaciones de los partidos y demás organizaciones. Esta libertad en el pensamiento no fue —y no es— nunca bien acogida por las ideologías: la propia Simone Weil, cuando escribió sobre España, tituló su texto «Reflexiones para disgustar». Y en este caso se trataba de disgustar a los partidos y organizaciones de izquierda.

Muy a menudo los colectivos se proponen a sí mismos como lo que es sagrado. Las iglesias en primer lugar, pero detrás van los partidos y las naciones. Las persecuciones políticas son un reflejo de las inquisiciones religiosas. Un pensamiento libre es mucho más difícil de producir de lo que a primera vista parece. Para hacerlo posible un individuo tiene que soltar las andaderas de las ideologías y dejar de identificarse como elemento de un colectivo. Pero es así mismo la única posibilidad de alcanzar la verdad: hay que dejar de pensar que se es feminista, o nacionalista, o socialista, o ecologista; o de derechas, o de izquierdas, o de centro. Pensar es un ejercicio solitario, doblemente solitario: porque el encadenamiento de ideas se produce en una mente particular y porque hay que desprenderse de las señas de identidad ideológicas. La soledad es moral: el que piensa abandona la compañía que nos ofrece el reconocimiento en unas ideas ya aceptadas.

Pensar en este sentido es sinónimo de buscar la verdad. Pensar no

tiene como sujeto a la persona, no es la persona la que piensa sino lo impersonal. Simone Weil introduce esta noción de lo impersonal afirmando que lo que es sagrado —lo valioso, lo que bajo ningún concepto debe de ser destruido, lo que hay que amparar y preservar— no es en modo alguno la persona sino lo impersonal que reside en cada uno de nosotros.

¿Por qué «impersonal»? Porque no tiene los rasgos de la persona: la realización y la identificación. Ambos rasgos cristalizan la experiencia individual en torno a la sumisión del individuo a lo colectivo; la realización de la persona equivale a su reconocimiento social, la identificación de la persona subsume al individuo en una ideología colectiva. El yo realizado es reconocido y se reconoce a sí mismo como sujeto. Y lo es: es sujeto de las acciones que la sociedad reconoce y de los discursos que lo hacen reconocible, pero es un sujeto —se me perdonará la deriva hacia Foucault— sujetado por lo social, por lo colectivo. Por lo que la persona no puede ser sujeto de pensamiento, sujeto de la verdad: la colectividad no puede acoger la verdad porque no la entiende.

Al pensamiento, a la verdad accede lo impersonal como sujeto. Pero un sujeto impersonal poco sujeto es y si lo es ya no dice «yo». ¿Es una parte de nosotros mismos? No, somos nosotros mismos mirados desde un determinado ángulo. Es nuestra misma experiencia, la totalidad de nuestro ser material significado de una manera particular: cada uno de nosotros en tanto ser valioso. Simone Weil dice: el alma es la totalidad de nuestra realidad material entendida como algo valioso. Pues eso, lo impersonal es el alma, pero el alma es el ser humano en su totalidad.

El valor de lo impersonal, su carácter sagrado, reside en la aspiración al bien que se encuentra en todos nosotros. Es nuestro lado infantil e inocente. Se manifiesta siempre que alguien nos hace daño: la sorpresa con la que protestamos —«¿por qué se me hace daño?» es la expresión de esa sorpresa— nos tiene que llevar

necesariamente a la conclusión de que anhelamos el bien. No es que en nosotros haya una semilla de bondad, no se trata de defender una naturaleza humana bondadosa más allá o por debajo de la historia concreta de lo que somos. Nuestro valor consiste en que aspiramos a algo que está ausente, que no existe en la historia o en la experiencia humana. Es el deseo de bien lo que existe en todo ser humano.

El bien del que habla Simone Weil es el bien absoluto, aquel que no puede ser sino un fin y jamás un medio. En la aspiración a la belleza se puede reconocer la aspiración al bien en su vertiente material. El amor a la belleza es la expresión de lo casi inexpresable. Y la verdad de las cosas, de los acontecimientos, de las relaciones está indisolublemente unida a la belleza y al bien. Simone Weil es una platónica convencida. Pero ni el platonismo, el pitagorismo, el hinduismo, el cristianismo son doctrinas o ideologías colectivas, ni la tragedia clásica, la poesía de Homero, el teatro de Shakespeare son realizaciones de artistas excepcionales. Son expresión de la verdad, y la verdad ni es personal ni es colectiva, es impersonal.

«Si un niño hace una suma, y se equivoca —dice Simone Weil—, el error lleva la marca de su persona. Si procede de manera perfectamente correcta, su persona está ausente de toda la operación». Es decir, no es ese niño autor de esa suma correcta, ese niño ha sido el intermediario entre un problema y su solución. El ejemplo no puede ser más simple, pero encierra una gran enseñanza: «siete más cinco» es el problema, «doce» es la solución, pero esa verdad no tiene como sujeto al niño, sería ridículo, esa verdad es impersonal, y ese niño no es sino el camino, el puente (*metaxu*, decía Platón) por medio del cual aparece esa verdad; el niño tiene que abandonar sus intereses más personales, no es su yo el que está presente en la suma, a menos que se equivoque. El error tiene lugar cuando el niño está centrado en sí mismo, cuando está pendiente de cosas que se relacionan con su persona, cuando no está atento al problema.

Lo que vale para el ejemplo de la suma vale para cualquier verdad. Es lo impersonal en nosotros mismos, es nuestro lado sagrado el que posibilita la verdad. Y es ese impersonal el que tiene que ser educado. La finalidad de los estudios, de todos los estudios, ya sean matemáticas o griego, es desarrollar la atención.

Creo que es un misterio saber cómo aprendemos. Ninguna técnica es útil, si no existe el deseo de aprender. Y no existen técnicas para fomentar el deseo. El deseo es una corriente, es un movimiento, circula, se contagia. Es lo que sucede entre una madre y un hijo: la madre desea que el niño hable, ande y el niño responde al deseo de la madre. La madre lo llama y él va, camina. En la enseñanza, es lo mismo, sólo que no sabemos por qué hay quien camina y quien no. Los psicólogos y pedagogos abordan el problema de la didáctica presuponiendo justamente lo que hay que crear: establecen formas más o menos estudiadas de enseñar tal o cual asignatura sobre la base no explicitada de que existe entre el profesor y el alumno una relación de deseo. No se dan cuenta —o, en el caso de muchos pedagogos, no quieren darse cuenta— de que si la relación existe, será bastante irrelevante que enseñemos según un método constructivista u según otro cualquiera.

Pero además, supuesto el deseo que circula entre quien enseña y quien aprende, enseñar es mostrar el camino para dar una respuesta verdadera. Remitámonos a nuestra experiencia. Muchos recordamos a un profesor o a una profesora en particular que despertó en nosotros la inteligencia, las ganas de saber, que nos convirtió en buenos alumnos. Es absolutamente indiferente de qué era ese profesor, porque lo que nos enseñó ha valido después para todo. Nos enseñó a ponernos en la posición adecuada para acceder a la verdad: quizá nos enseñó a leer poesía, o a resolver problemas de geometría, o a traducir a Tucídides. Si pensamos en esa experiencia con los análisis de Simone Weil, podríamos decir que nos enseñó a no poner nuestra persona en el centro, a desplazar toda nuestra atención hacia los textos, los problemas o la traducción.

Si deseamos la verdad por encima de cualquier otra cosa, y estamos atentos, entonces la alcanzaremos. Es un misterio el deseo, decíamos más arriba, pero la educación de la atención puede ser descrita. La primera instrucción que nos da Simone Weil para educar la atención consiste en no apartar la vista de los errores que cometemos, no ocultárnoslos. Se trata de una cierta humillación, sin duda, y con los patrones pedagógicos actuales la juzgaríamos no sólo innecesaria sino más bien perniciosa. El discurso pedagógico en boga dice que hay que animar siendo muy positivos con lo que los alumnos realizan, y hay que evitar ser demasiado crudos a la hora de valorar los errores que cometen: si Simone Weil hubiera conocido el entusiasmo actual por la autoestima, habría concluido que todo está perdido. Porque la autoestima que fomentan los psicólogos y pedagogos es un modo de hacer crecer a la persona, de engordarla y por lo tanto de sumirla de lleno en la corriente de lo colectivo. En cambio, lo que Simone Weil propugna es desarrollar aquellos aspectos que nos quiten importancia, que nos hagan observar nuestra pequeñez, para que así pueda brillar el esplendor de la verdad de las cosas mismas.

La segunda regla para educar la atención consiste en no actuar. No se trata de un concepto fácil: la no-acción de la que nos habla Simone Weil está inspirada por los textos de Lao-Tse. Por actuar se entiende ser sujetos de acción. No se trata, pues, de un rechazo de la acción sino de un rechazo de la acción que tiene por sujeto el yo. Y como ésas son las acciones que reconocemos como tales, cuando el yo permanece sin actuar, el resultado nos parece pasividad.

Se me ocurren tres maneras mediante las que, frente a un problema, el yo actúa. En primer lugar, se actúa buscando una respuesta. El yo está más preocupado por encontrar respuesta que por entender el problema, y activa todas las posibles respuestas que conoce. Tiene, por así decirlo, prisa. Si el problema es repetitivo, mecánico, conseguirá probablemente dar con la respuesta justa, pero si se trata de un auténtico problema, ésos que se nos aparecen como nuevos y

originales, la actividad del sujeto será un obstáculo para encontrar la verdad.

En segundo lugar, el yo actúa cuando está más preocupado de tener razón que de alcanzar la verdad. Busca una solución que encaje con los postulados generales de alguna teoría que ya aparece probada como verdadera. Busca una solución razonable, inteligente, es decir que para la colectividad es razonable e inteligente. El yo quiere obtener el prestigio del reconocimiento. Es una preocupación centrada en uno mismo que deja de lado la singularidad del objeto de conocimiento.

En tercer lugar, el yo quiere efectivamente ser el sujeto de la verdad y por eso actúa. Si se aparta de los caminos ya trillados por conocimientos anteriores, si su respuesta no es la repetición de respuestas conocidas, ni de postulados razonables, su originalidad está exclusivamente centrada en una voluntad de originalidad, esto es en un yo que no se resigna a ser como los demás yoes. La solución, entonces, no está dictada por la necesidad del objeto que se pretende conocer, sino por el narcisismo del sujeto de conocimiento.

La no-acción consiste en dejar que sea el objeto el que actúe y poner al yo en estado de pasividad. Estar atento al problema significa dejar de estar atento a uno mismo. Aprender a ser humildes frente a la verdad, esto es, saber que son las cosas mismas de este mundo las que pueden expresar un sentido verdadero y que el yo no es sino el intermediario a través del cual se manifiesta.

Frente a la búsqueda activa del sujeto, la paciencia de quien insiste, no se despegas del problema y espera que el encuentro con la verdad se produzca. Frente a la práctica de querer tener razón, limitarse a expresar lo que se piensa, sin atender a imperativos de racionalidad o inteligibilidad. Frente al narcisismo del yo original, la frecuente observación de nuestros errores.

He tenido presentes algunas de estas ideas de Simone Weil en mi

experiencia como profesora de filosofía de secundaria. Puesto que mi objetivo es que mis alumnos desarrollen la atención, hace años que rechacé los programas concebidos como conocimiento histórico de teorías y filósofos. Me importa poco que sepan los tópicos cuya repetición equivale entre los muchos a saber filosofía. Por el contrario, deseo enseñar a leer textos filosóficos.

No pretendo —aunque así rezan los objetivos generales de la filosofía en la letra de los documentos oficiales— «desarrollar una conciencia crítica». Durante tres años fui profesora de formación de profesores de filosofía, y comprobé que para muchos profesores esa conciencia crítica era una apresurada toma de partido por unos postulados frente a otros: apresurada porque se obviaba la comprensión minuciosa de los conceptos, de los argumentos, de las estrategias discursivas que los textos contienen, y se suplía por una visión general del texto, resumida en una tesis, la mayoría de las veces ya establecida de antemano por el profesor atendiendo a sus opiniones sobre tal o cual autor. La «conciencia crítica» se convierte así en la alineación de los alumnos en el campo de batalla, desarrollando un yo a través de la identificación o el rechazo de determinadas tesis doctrinarias: a favor o en contra del alma, del determinismo, del innatismo, del inconsciente, o a favor o en contra de Descartes, Freud o Marx.

En el campo de batalla no se piensa, allí sólo se gana o se pierde. Resulta curioso que aun hoy en día, cuando se alude a los diálogos socráticos de Platón, se siga diciendo que son diálogos en los que Platón no da soluciones a los problemas planteados. Y se prefiere hacer leer *La República* antes que el *Laques*. En efecto, es más fácil reducir *La República* a postulados que no el *Laques*, en el que Sócrates reconoce que, después de pensar y discutir sobre la valentía, no está ni mucho menos claro en qué consiste. Pero la atención con la que Sócrates, junto con Nicías y Laques analizan quién es valiente, en qué circunstancias, bajo qué condiciones, es un maravillosos ejemplo de lo que es pensar. Y no estoy diciendo que no haya

pensamiento en *La República*, digo que es más fácil en este texto no considerar sino el resultado del proceso de pensar, mientras en aquél, la ausencia de meta visible permite centrarse en el camino.

Para desarrollar la atención hacia los textos filosóficos, hay que considerarlos como un problema que hay que resolver. Por tanto aislar los elementos del problema y establecer que su resolución es una respuesta, si no única en el modo externo de la expresión, si única en cuanto a la objetividad de la respuesta. Un texto dice lo que dice, desplaza el sentido de algunos términos, hace intervenir puntos de vista que no son el del autor para así mejor establecer el propio y, con las palabras propias de la gramática en la que se expresa, argumenta.

Desde hace algunos años, me he dedicado a establecer algunas reglas propias del discurso filosófico. No es éste el lugar para explicitarlas, lo he hecho en otras revistas y en algunos libros de texto². Su formulación tiene un sentido pedagógico: quiero que los alumnos agachen la cabeza sobre el texto e intenten descifrarlo. Sólo después de haber descifrado un texto, les pido que piensen a partir de él. Pero incluso observar lo que son capaces de pensar es sólo secundario respecto a la tarea de entender un texto, porque el que aprenda a leer con atención, habrá aprendido cómo hacerlo. Habrá aprendido a dejar de lado su persona, a ser paciente, minucioso, a no buscar respuestas ya hechas; habrá aprendido cuán fácil es equivocarse.

La filosofía es, en este sentido, una gran maestra. Cada autor modifica el sentido de los conceptos sobre los que se asienta su razonamiento. Como muestra, el sentido que Simone Weil establece para los conceptos de «persona», «impersonal», «sagrado», «alma», «atención», que han sido utilizados en este texto. Cuando se es capaz de captar la particularidad de un pensamiento, sus reglas de construcción, los problemas que aborda, las soluciones que ofrece, se obtiene casi el beneficio de la contemplación de la belleza.

Trasladar ese aprendizaje al mundo, y considerar cada cosa y cada persona y cada acontecimiento en su particularidad, en su belleza, es un modo de estar en el mundo. Es un modo de estar en el mundo que desearía practicar y enseñar a mis alumnos.

notas:

1. "La persona y lo sagrado", artículo incluido en el libro *Escritos de Londres*, que la editorial Trotta publicará próximamente.

2. Caballero, F. y Larrauri, M. "El análisis del textos filosóficos", *Textos*, nº 8, 1996. Además de este artículo se puede consultar los libros de texto de la editorial Tándem de Valencia (en versión castellana y valenciana) o su traducción al catalán en Enciclopedia cartalana, *Para filosofar* y *Para filosofar: herramientas*, cuyos autores son Caballero, F., Larrauri, M. y Monroig, V.